

Suplemento especial:
Jornadas Interdisciplinarias

¿Qué hacer con E. P. Thompson?

27 y 28 de junio de 2013
Universidad Nacional de Quilmes

E.P. Thompson en los cuarteles. Aportes metodológicos y sustantivos de los conceptos de clase social y experiencia al estudio histórico y etnográfico de identidades militares en la Argentina (1983-2012)

Germán Soprano

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

gsoprano@unq.edu.ar

Introducción

La obra de E.P. Thompson introdujo un renovado interés por analizar los procesos históricos de constitución de las clases sociales no sólo en virtud de la definición de la inscripción de los sujetos en determinadas relaciones sociales de producción, sino también como resultado de la eficacia social operada por tradiciones heredadas y experiencias colectivas propias y por la interlocución con otros sectores de la sociedad. En este sentido, propuso una resignificación de las categorías *clase social* y *conciencia de clase* asociándolas con su noción de experiencia.

Revisitaremos, pues, la utilidad metodológica de la concepción thompsoniana sobre estas categorías aplicándolas a unos sujetos desconsiderados por los investigadores que se han servido

de ellas: oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas. Entendemos que Thompson ofrece una productiva perspectiva para comprender procesos producidos en las últimas dos décadas y actualmente en curso entre los militares argentinos, según los cuales algunos individuos y grupos comenzaron a reconocerse y autodefinirse de un modo *sui generis* como “trabajadores”, incluso dando lugar a excepcionales discusiones sobre su posible “sindicalización”. Es importante destacar que estas autodefiniciones de militares como “trabajadores” coexisten con otras (también aparentemente novedosas) como “profesionales”, “ciudadanos” o “funcionarios públicos”. Estos fenómenos revisten interés en la medida en que los militares son en un sentido “objetivo” o “estadístico” asalariados del Estado nacional, pero entre ellos han primado —sobre todo entre los oficiales— autopercepciones e identidades que invocan y ponderan formas de excepcionalidad moral y de diferenciación social y cultural respecto de otros sectores de la sociedad argentina.

Se despliegan entonces en el presente unas tensiones entre la legitimidad social de las concepciones tradicionales y las nuevas acerca de las identidades militares. Estas últimas están informadas por las recientes experiencias vividas por oficiales y suboficiales en procesos históricos abiertos en las postrimerías de la última dictadura: pérdida de poder político de la conducción de las Fuerzas Armadas, deslegitimación social de los militares en amplios sectores de la sociedad, y afirmación de concepciones seculares de lo militar como profesión, trabajo, ocupación y/o ejercicio de la función pública específica.

En consecuencia, buscaremos aquí explorar esas tensiones sirviéndonos de registros de trabajo de campo etnográfico en unidades militares operativas e instituciones educativas castrenses efectuados entre los años 2008 y 2010, entrevistas hechas entre 2008 y 2012, fuentes periodísticas y publicaciones militares.¹

1 El trabajo de campo etnográfico fue realizado en 2008 en el marco del Observatorio Socio-cultural de la Defensa, coordinado por Sabina Frederic, entre 2008 y 2012, como parte del proyecto de investigación de la Universidad Nacional de Quilmes: “Análisis comparado de procesos de formación y de configuración profesional en funcionarios públicos civiles, policiales y militares en el estado nacional y provincial en la argentina desde la década de 1990 al presente”, con dirección de Germán Soprano, y por convenios establecidos entre esta Universidad y el Ministerio de Defensa entre 2009 y 2011. Agradezco las buenas ideas aportadas en la concepción de este artículo por Ernesto Bohoslavsky y los organizadores de las *Jornadas Interdisciplinarias ¿Qué hacer con E.P. Thompson? A 50 años de la Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Ninguno de ellos es responsable de sus omisiones y errores.

Thompson y la historia social de los trabajadores y militares argentinos

A partir de diciembre de 1983, en el escenario de la apertura democrática y con la revitalización de las funciones de docencia e investigación en las universidades nacionales, se desarrolló una influyente y heterogénea corriente de estudios de historia social de los trabajadores que produjo innovaciones respecto de las clásicas historias del movimiento obrero.² Fue entonces que la obra de historiadores como Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm —entre otros— estimuló investigaciones centradas no ya en el abordaje de las dimensiones políticas organizativas partidarias y sindicales o ideologías del movimiento obrero, sino en la diversidad socio-económica, étnica, nacional, de género y regional de los trabajadores. Esos nuevos tópicos y orientaciones proyectan hasta el presente su influjo en la historiografía.³

Esa renovada literatura, sin embargo, desconsideró cualquier aproximación al estudio de oficiales y suboficiales en tanto trabajadores asalariados y profesionales miembros de la burocracia del Estado nacional en el siglo XX.⁴ Motivos no faltaban: la historiografía inglesa de referencia tampoco se había ocupado de ellos. Podría decirse incluso que una comprensión de estos actores sociales con ese recurso historiográfico sería tenida como teórica (pero también política y éticamente) inadmisible o impropia. Pero también porque para poder aplicar esas categorías thompsonianas a una población es necesario que aquella se reconozca en la noción de “trabajadores” o “trabajadores asalariados”, esto es, que sus miembros no sólo sean definidos analíticamente a partir de su estricta inscripción en una relación asalariada.⁵ Y, por lo que conocemos hasta el momen-

2 En el panorama previo se destaca José Panettieri, quien anticipó el estudio de temas ampliamente tratados por la nueva historia social de los trabajadores, aún cuando no haya cultivado estrictamente ese enfoque historiográfico.

3 Retengamos el sentido de ese desplazamiento del eje de la producción historiográfica de la ideología y organización política y sindical de los trabajadores, con vistas a reivindicar su aplicación al caso de los militares donde sabemos bastante acerca de las ideologías y participaciones políticas de los oficiales (especialmente los superiores) pero decididamente poco de los contenidos que debería comprender una historia social de los militares en el siglo XX.

4 La referencia insistente a estos actores sociales en el siglo XX tiene por objetivo advertir al lector que la historiografía sobre el siglo XIX sí ha sido sensible al conocimiento del perfil social, económico, político y cultural de líderes militares o político-militares y de los integrantes de organizaciones militares. Su comprensión es, pues, parte de un esfuerzo holístico por dar cuenta de un período histórico signado por la militarización de la sociedad, tal como han hecho Tulio Halperín Donghi, Juan Carlos Garavaglia, Juan Gelman, Raúl Fradkin, Sara Mata, Silvia Ratto, Alejandro Rabinovich, entre otros.

5 En este sentido, Ernesto Bohoslavsky recuerda que para analizar las condiciones de trabajo de los policías del territorio nacional de Neuquén es posible indagar en la historia de las Fuerzas Armadas y de seguridad sirviéndose de enfoques y métodos tradicionalmente explorados por la historia social. Tal aproximación no invalida la

to de la historia de los militares argentinos en el siglo XX, y sobre todo de los oficiales, ellos no se reconocían en esas categorías hasta los albores del siglo XXI, e incluso desde entonces lo han hecho sólo parcialmente en ciertas situaciones sociales y ante determinados interlocutores. También carecemos de una historia social de los suboficiales en el siglo XX. Sin embargo, algunas referencias permiten observar que en determinadas situaciones se reconocían como miembros de un colectivo social más amplio y no estrictamente militar como “los trabajadores”. Tal situación habría ocurrido en el primer peronismo, en circunstancias donde, además, el Estado nacional y el movimiento justicialista estimularon esa asociación o adscripción de los suboficiales con los trabajadores. Al respecto, el sociólogo Ernesto López ha destacado la política de peronización de las Fuerzas Armadas impulsada por Perón durante sus primeras dos presidencias, que enfocó principalmente pero en forma no exclusiva a los suboficiales.

Sobre los atributos “objetivos” y “subjetivos” de los militares como clase social

Thompson destacaba que la definición de una clase social y de una conciencia de clase no eran cuestiones que implicaran exclusivamente la determinación “objetiva” de la posición y relación de ciertos individuos o grupos respecto de la propiedad, la posesión o el uso de los medios de producción. La adquisición por parte de un colectivo social de una conciencia de clase y, en particular, de una conciencia de clase trabajadora, demandaba de mediaciones sociales que no remitían únicamente a su localización en las relaciones sociales de producción. Entre uno y otro concepto —clase social y conciencia de clase— instalaba el de experiencia, pues es la categoría que permite dar cuenta, por un lado, de las tradiciones preexistentes (transmitidas por vías formales e informales); y, por otro, de los aprendizajes que producen los actores sociales en sus interlocuciones con otros.

indagación del involucramiento de la policía en relaciones de poder regional; al contrario, conocer sus condiciones socio-económicas, biográficas y laborales habilita interpretaciones historiográficas más complejas acerca de su inscripción y participación como funcionarios en el Estado nacional e integrantes de la sociedad territorial de la época.

Hoy un estudio sobre militares considerados como trabajadores asalariados debería comenzar por comprender las características socio-económicas, políticas y culturales específicas que definieron, particularmente, a los suboficiales. Y no se trata sólo de dar cuenta de los orígenes proletarios de una proporción significativa de sus familias o de los medios sociales de los cuales provienen los individuos que históricamente se han postulado para ingresar a las Escuelas de Suboficiales, sino de los atributos sociales que adquirieron o en los que fueron investidos en los procesos de formación básica en esas instituciones educativas castrenses y ulteriormente en sus actividades cotidianas en las unidades operativas. Las especialidades que constituyen al cuerpo de suboficiales en muchos casos presentan homologías con los oficios y profesiones de la clase obrera industrial, tales como mecánicos, electricistas, motoristas, ópticos, además de otros segmentos de las poblaciones de trabajadores asalariados urbanos como informáticos, radaristas, enfermeros, camareros y oficinistas. De hecho, los conocimientos y experiencias adquiridos por los suboficiales durante el desarrollo de sus carreras militares suelen ser empleados en la realización de ocupaciones laborales informales por fuera del servicio, o bien son una plataforma a partir de la cual insertarse en el mercado de trabajo de los civiles al darse de baja o pasar a situación de retiro.⁶

Asimismo, señalemos que en octubre de 2012 personal de Gendarmería Nacional y Prefectura Naval (dos fuerzas de seguridad federales, la primera militarizada) produjeron manifestaciones de protesta en espacios públicos —principalmente en los edificios Centinela y Guardacostas en la ciudad de Buenos Aires— con consecuencias en el desempeño del servicio. Gendarmes y prefectos reclamaban por errores de liquidación de sus salarios y demandaban una recomposición de los componentes no remunerativos y un significativo aumento salarial. Las protestas fueron intensas y provocaron el quiebre de la cadena de mando entre autoridades civiles del Ministerio de Seguridad y la conducción de las Fuerzas, así como entre estas últimas y el personal subalterno. Entre otras demandas, los manifestantes reclamaban derecho de sindicalización —decían— como cualquier otro trabajador y poder canalizar sus reclamos sectoriales, pues sostenían que las conducciones de las Fuerzas no se hacían cargo de sus reivindicaciones o no las gestionaban ante el poder político.

6 Por el contrario, las denominadas armas del Ejército (especialmente infantería, caballería, artillería) y algunas especialidades, carecen de estricta correspondencia con oficios y profesiones en el mercado de trabajo de los civiles.

Esta conflictiva situación tuvo menor trascendencia pública en las Fuerzas Armadas, pero también se presentaron reclamos salariales y críticas a la conducción militar y la civil del Ministerio de Defensa por no haber atendido ni resuelto sus reivindicaciones. Quienes estuvieron a la vanguardia de esos reclamos fueron los suboficiales, fundamentalmente los más antiguos. Tradicionalmente estos se ocuparon de contener las reivindicaciones de los suboficiales de menor jerarquía y de transmitirlos a sus comandantes para que les den respuesta o las direccionen a las autoridades civiles con vistas a su resolución. A su vez, un “buen comandante” es aquel que se muestra sensible a los legítimos reclamos de sus “hombres”. Pero en octubre de 2012 la conducción de las Fuerzas Armadas poco pudo hacer en favor de los reclamos de oficiales y suboficiales y, en el caso de la Armada, se vivieron momentos difíciles cuando un grupo de suboficiales (algunos antiguos) increparon a viva voz al Jefe de Estado Mayor en el Edificio Libertad por no apoyarlos en sus demandas salariales.

Ese reconocimiento secularizado del militar como trabajador asalariado, profesional, funcionario público, no ha anulado las identidades corporativas ni el espíritu de cuerpo que autodefinen al personal de las Fuerzas Armadas en cualquier país moderno; así como también en determinadas circunstancias sociales y ante ciertos interlocutores emergen decididamente los tradicionales sentidos de pertenencia a un grupo estamental diferenciado en términos morales respecto de otros individuos y grupos del Estado y la sociedad nacional, un fenómeno que en la Argentina fue estimulado —de acuerdo con el historiador Loris Zanatta— por la incidencia del nacionalismo católico en el Ejército desde la década de 1930.

Esas identidades estamentales moralmente diferenciadas que distinguen —en la perspectiva de los propios actores sociales— el *ethos* militar respecto de sus conciudadanos, no obstante, encuentra antecedentes significativos a fines del siglo XIX y principios del XX con la política de reformas de las Fuerzas Armadas. Entre aquellas vale la pena destacar la sanción de un Código de Justicia Militar —derogado en 2008— que formalizó una jurisdicción castrense de administración de la justicia penal distinta de la civil. Dicha jurisdicción —que en modo alguno fue patrimonio exclusivo del caso argentino— se conformó invocando la excepcionalidad moral y técnico-funcional del militar en el ejercicio de la violencia legítima desde el Estado. De igual modo obraron a lo largo del siglo XX los denominados “tribunales del honor” para oficiales, cuya vigencia aún es consignada

en la Ley 19.101 de Personal Militar de las Fuerzas Armadas.

Esa figura moralmente excepcional del militar como caballero o *gentleman* se produjo y reprodujo en las perspectivas de los oficiales y de otros sectores de la sociedad nacional incluso a sabiendas de que los miembros del cuerpo de oficiales de las Fuerzas Armadas no eran mayoritariamente hijos de familias de elites socio-económicas, políticas y culturales, sino integrantes de diversos sectores de las clases medias urbanas y rurales de diferentes regiones del país y muchos de ellos hijos de inmigrantes europeos. Más recientemente, el antropólogo Máximo Badaró realizó una etnografía sobre la educación de los oficiales en el Colegio Militar de la Nación a principios del siglo XXI, dando cuenta de la apropiación de modelos educativos fundados en el *management* empresarial, así como de la resocialización de los cadetes en comportamientos y pautas de consumo atribuidas al “buen gusto” de clases medias altas, es decir, a unos sectores sociales que en el presente no alimentan el reclutamiento de las Fuerzas Armadas.⁷

Durante la realización del trabajo de campo etnográfico en unidades operativas nos fue posible reconocer —siempre en ciertas circunstancias y ante interlocutores civiles como los investigadores/antropólogos— unas concepciones nativas de lo militar como un “trabajo” o “profesión” y, en consecuencia, la auto-adscripción de oficiales subalternos, jefes y superiores al colectivo social de los “trabajadores” o “laburantes”. Su adscripción a esas identidades se asociaban también a sus inconformismo con las autoridades del gobierno nacional que —decían— no sólo les negaban reconocimiento social, sino que imponían a ellos y sus familias unos magros salarios que no compensaban las calificaciones requeridas, ni las exigencias demandadas, en el cumplimiento del servicio. En este sentido, nuestra investigación etnográfica en el año 2008 en el marco del Observatorio Socio-cultural de la Defensa determinó mediante la aplicación de una encuesta a más de mil militares que un 70% de los oficiales y suboficiales encuestados consideraban que realizaban “un trabajo que requiere mucha vocación”, en tanto que un 32,7% de los oficiales sostuvo que su actividad como militares “no es un trabajo”.

7 Máximo Badaró y Virginia Vecchioli reinstalaron —tal como otrora el sociólogo José Luis De Imaz— una propuesta para el estudio de las relaciones entre elites y oficialidad de las Fuerzas Armadas. No obstante, hay también (y quizá muy fundamentalmente) buenos argumentos empíricos que invitan a explorar —en la senda de autores como Ezequiel Adamovsky y Sergio Visacovsky— su inscripción y/o autoadscripción en las heterogéneas clases medias. Y vale la pena aclarar aquí que ello no excluye a priori la hipótesis de comprender esa categoría analítica y nativa —clases medias— en las perspectivas y experiencias de suboficiales.

Reflexiones finales

No se trata aquí de desestimar los enfoques que definen a los militares como actores sociales y a las Fuerzas Armadas como instituciones arquetípicas de las investigaciones de la historia del control social estatal.⁸ Por el contrario, se busca explorar complementariamente sus relaciones con otros problemas y dimensiones de estudio en determinados contextos socio-históricos. Es por ello que nos preguntamos ¿Qué podrían aportar las categorías thompsonianas de clase social y experiencia a la renovación de los estudios sobre las Fuerzas Armadas en la Argentina y, en particular, de los militares como trabajadores? Obviamente cabría dar cuenta tanto de aquellos fenómenos que los singulariza como trabajadores y de aquellos que los distingue, considerando la delimitación de las condiciones socio-económicas en que se inscribe su desempeño ocupacional y profesional, así como las experiencias que informan históricamente sus subjetividades o identidades sociales como trabajadores, burocracias públicas, expertos en la administración estatal de la violencia, o con otros términos empleados por ellos mismos para definirse, por otros para nominarlos y/o por las ciencias sociales para estudiarlos.

En el año 2006, Juan Suriano planteaba que la historia social de los trabajadores debe poner en foco de estudio a la fábrica, esto es, instalar las unidades o locales de trabajo como centro de análisis micro y macro-social desde los cuales se producen las identidades de la clase trabajadora en sus relaciones con diferentes dimensiones de su vida social: calidad de vida, género, familia, ocio, religión, política, etc. Haciendo propia esa recomendación, sería necesario avanzar en investigaciones empíricas que comprendan experiencias cotidianas de los militares en unidades operativas (regimientos, buques, bases aéreas) y en instituciones educativas castrenses, aprehendiéndolos como espacios clave para la elaboración de un conocimiento holístico sobre sus inscripciones en el Estado y la sociedad. De este modo podremos sopesar en qué medida el aporte de las categorías clase social, experiencia y conciencia de clase pueden o no ser invocadas para dar cuenta de identidades sociales de oficiales y suboficiales.

8 El materialismo histórico reconoce con más frecuencia a los militares como instrumentos de la clase dominante o componentes del aparato represivo del Estado. Sin devaluar esas opciones, suspendo por un momento su contribución analítica a efectos de poder comprender el sentido de lo militar en las perspectivas y experiencias de los propios militares en determinadas circunstancias históricas.

Como sucede cuando ponemos a prueba la utilidad hermenéutica de categorías analíticas, su eficacia dependerá de su capacidad para comprender procesos sociales e históricos sustantivos afines con ellas. En otras palabras, si los militares del pasado, presente o el futuro no se reconocen como trabajadores (cuanto menos en determinadas circunstancias y ante ciertos interlocutores) de nada sirven esas categorías. Sería, pues, como pretender atrapar un elefante con una caña de pescar. No obstante, los incipientes conocimientos históricos sobre suboficiales en el siglo XX y las investigaciones etnográficas producidas en lo que va del siglo XXI, permiten sostener que el desafío de aplicar los aportes de *E. P. Thompson en los cuarteles*, puede ser un esfuerzo metodológico y sustantivo estimulante y productivo para las ciencias sociales en la Argentina.